

«Existían en el mismo arco cuatro grandes lápidas con los nombres de los municipios que contribuyeron a la construcción del puente. En el día no hay más que una completamente borrada. En el sitio que ocupaban las antiguas se pusieron otras relativas a la reedificación del arco pequeño mandada por Carlos V. Estas últimas inscripciones dicen: *Carolus V. Imperator, Caesar Augustus, Hispaniarum rex, hunc pontem, bellis et antiquitate ex parte derupium, ruinamque minantem instaurari iussit anno Domini MDXLIII Imperii sui XXIV.* «Carlos V. emperador, César Augusto y rey de las Españas, mandó reparar este puente, que con ocasión de la guerra y por su antigüedad, se hallaba roto y amenazaba ruina, año del Señor, 1543 y de su imperio 24.»

El señor Joaquín, cuando, de temporada en su dehesa, se reunía con sus criados bajo la enorme campana de la cocina y les alargaba su petaca para hacer un cigarro, les ilustraba la velada en docto lenguaje refiriendo las mismas historias tantas veces oída.

Y no vayan ustedes a figurarse que su retentiva era grano de anís, salvo alguna que otra cita en cuestión de fechas; pero sin importancia para los oyentes, ni para el conferenciante.

—¡Muchachos!, dos noticias tengo que daros: primera, que el puente romano de Alcántara se vuelve a hacer como lo dejaron los romanos, pero más bonito; y segunda, que mi ilustre amigo don Ulpiano ha dicho que el General Prim ha tomado el mando de veinte mil turcos. ¡La que se va armar por aquellas tierras!

Y terminaba invariablemente contando la gesta de Viriato, el pastor lusitano que derrotó a los romanos, que luego fué cobardemente asesinado; y la consecuencia posterior, la destrucción de Numancia, la pequeña ciudad cercana a lo que hoy se llama Soria, cuyos habitantes prefirieron morir todos antes de entregar a los refugiados del ejército de Viriato.

Este episodio hacía vibrar a toda la servidumbre, que se hacían lenguas de la cultura del amo, y después de oírle nombrar uno por uno, desde *Ataulfo* hasta *Witiza*, a todos los reyes visigodos, se levantaban y con el consabido «pasar buena noche», se retiraban a descansar.

✱

TURISMO HEROICO

EVOCAACION DEL BARRIO VIEJO DE CACERES

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO.

Este barrio viejo del Cáceres señorial, tiene un empaque prócer. Sueños de hidalguía, de siglos, de Historia, han prendido sus jirones impalpables en las bellas aristas del duro y patinado granito. Portaladas, torres, blasones, ajimeces, yelmos, lambrequines... ¡Todo tiene arrogancia de orgullo feudal, matizada de gracia mudéjar o de esplendor renacentista!

Fuera del viejo mundo que es este maravilloso barrio antiguo cacereño, como Adelantados de su grandeza, salen al paso del viajero los templos de Santiago, San Juan y San Francisco; los palacios de Carvajal, Monroy, Abrantes, Galarza, la Isla y Godoy, hecho este último con oro del Imperio de los Incas, cogido por su constructor en la milenaria ciudad del Cuzco y en el legendario templo de Pachacamac, a orillas del Pacífico.

Cañidor granítico del viejo barrio es su muralla: cinturón con broches de torres y de puertas. Desde la solidez romana del Arco del Cristo hasta el gracioso sesgo barroco del de la Estrella, desde la osamenta milagrosa del barro cogido al sol de la Torre Desmochada hasta la crestería de almenas de la de «Bujaco»—con su templete anacrónico y la gracia ebúrnea de su Ceres pagana—esta muralla es marco digno del tesoro que aprisiona.

Dentro de la vieja ciudad, en el angosto y empinado Adarve el palacio de los Cano-Moctezuma evoca glorias aztecas; el de la Generala, gestas de banderías; el de los Pereros, regalada vida señorial...

Allá en lo alto, la plaza de San Mateo sueña lejanas grandezas agarenas o reconquistadoras, velada en su sueño por la Torre de las Cigüeñas, centinela de piedra que encarna el espíritu firme y vertical del capitán Diego de Cáceres Ovando. Cerca del convento de San Pablo, la casa de las Veletas, con su albiga moro, «corazón de agua», como lo ha llamado un escritor de nuestros días. En perspectivas diversas, el palacio de los Gólfines de Arriba, la casa del Sol, la Torre de los Plata y la calle Ancha—tan estrecha—con su apretado haz de blasones de Ulloa, Aponte, Paredes... En el centro de la Plaza, la Iglesia de San Mateo—segundo y más auténtico corazón de aquellas rincónadas—guarda orgullosa las cenizas de las vijas generaciones.

Cada calle tiene su sorpresa, que es el truncado torreón de los Aldana, o la casa mudéjar, o el solar de los Espaderos-Pizarro, o la Iglesia y convento de la Compañía.

En rellano de parte más baja, la Plaza de Santa María ofrece su enlace magnífico de lo religioso y lo nobiliario. A un lado la Iglesia matriz de la ciudad, bajo cuyas bóvedas pétreas, en muros y suelo, una teoría de timbres heráldicos traza un poema de grandeza genealógica. Frente a su puerta lateral, la fachada con que en el siglo XVI embelleciera el palacio de los prelados de la Diócesis el culto y dinámico Obispo don García de Galarza. Muy cerca la mansión elevada por Hernando de Ovando, hermano de aquél primer Gobernador de las Indias, que impulsó a las gentes de Extremadura hacia la conquista de los imperios indios. Al otro lado, el solar de Mayo-ralgo, en el que asentara el conquistador Juan Blázquez cuando, con los ejércitos del Rey Alfonso IX de León, entró victorioso en Cáceres, el 23 de Abril de 1229. En la rinconada de los Golfines, la joya plateresca del palacio de los de este noble linaje, regia mansión que albergó entre sus muros a los Reyes Católicos, artífices supremos de la unidad de España y sublimes iniciadores de su grandeza imperial. Las típicas y pequeñas fachadas de las casas rectoral y de los Golfín—Roco, y los muros revocados del antiguo convento de Jesús—hoy Diputación Provincial,—matizan y truncan el magnífico concierto arquitectónico de esta Plaza.

En cada uno de los rincones de este barrio único, el tiempo se ha dormido bajo la caricia de un silencio ancestral. Entre muros centenarios serpeñean las callejuelas medievales, buscando la anchura de las nobles plazas en las que se vierten la gracia blanca de la luna y el oro encendido del ardiente sol extremeño.

El granito, la luz y la Historia son los motivos que tejen la sinfonía que palpita en la austera quietud del viejo barrio cacereño.

Prelados, nobles paladines, bellas damas y reales cortejos cruzaron un día estas calles y plazas, dejando a su paso una estela invisible e imperecedera, que flota por siempre entre sus confines. ¿Detalles? ¡Imposible! Para reflejar el arte o la historia de este viejo barrio, se precisaría la amplitud de muchas páginas; para recoger la esencia completa de su evocación, es necesario respirarla entre sus ámbitos.

Que, pues, nuestro trazo impreciso, abocetado, de esta ciudad en la que iglesias y palacios alzan su gallardía granítica bajo la caricia blanca de la luna o al rojo incendio del sol, entre un aroma feudal y un silencio místico, inquietado por las vibraciones solemnes, semi-divinas, de las campanas. ¡Las campanas!... Sólo ellas pueden por derecho propio turbar la quietud de este viejo mundo. Sólo ellas saben el lenguaje inteligible para el granito, para la historia, para la luz...

ECONOMIA SOCIAL

Aprovechamiento de la riqueza botánica de los territorios españoles

POR JUAN JARILLO ORGAZ
Capitán Farmacéutico

(CONCLUSIÓN)

PREPARACION DEL TERRENO

Para obtener buenos resultados, el ricino debe cultivarse en terrenos bien labrados y de bastante fondo, por la profundidad que alcanzan sus raíces, bien saneados, permeables, de naturaleza arcilloso-silicea o arcilloso-caliza, y que conserven alguna humedad durante el verano en su capa superior, humedad que en las zonas donde sea factible puede suministrarse mediante riegos semanales o como lo exijan las circunstancias. Se usarán abonos orgánicos o estiércol de corral.

Las labores necesarias e imprescindibles son *alza, bina y terciá*, intercaladas con vueltas de grada para dejar la tierra lo más pulverizada posible. El alza y la bina deben ser muy profundas a ser posible de 45 centímetros en adelante para favorecer el desarrollo de la raíz.

Los terrenos cortos no son apropiados, pues en ellos crece el ricino muy lentamente y es poco productivo. Si el terreno no ha sido dedicado anteriormente al cultivo del ricino, la primera reja hay que darla con una profundidad mínima de 50 a 60 cm. Si no es bastante fértil por naturaleza, o bien está empobrecido por otros cultivos, se le abona con estiércol de corral o de cuadra en la proporción de 15 a 20 toneladas por hectáreas; o con abono mineral. Donde no se disponga de estiércol de corral hágase con el tiempo necesario un cultivo de plantas leguminosas, que cuando estén en plena floración se entierran con una labor de reja profunda. Una vez preparado el terreno con estiércol de corral o abono de leguminosas, en los dos casos es necesario emplear abono mineral en la cantidad que determina el análisis químico del terreno.

S I E M B R A

No es posible señalar una regla fija para la siembra, pues depende de las condiciones climatológicas de la región agrícola; pero podemos tener una norma aproximada buscando el período de tiempo en que falten los hielos por muy pequeños que sean. Por eso creemos que en nuestra zona meridional de la península, debe hacerse en la segunda quincena de Abril o en la primera de Mayo; en las zonas de nuestro protectorado y en las colonias de Africa, impugnemente puede hacerse en el mes de Marzo, ya que el ciclo de vida de esta planta rara vez sobrepasa los seis meses de duración.